

VIRGEN

Su historia

N DE CAACUPE

y leyenda





La historia sobre la Virgen de Caacupé, mezclada con muchos elementos de leyenda, ha sido mil veces contada. La traemos de nuevo hoy, en estas páginas, porque siempre parece tener un hálito nuevo, como la fe renovada cada año, que impulsa al pueblo paraguayo, en interminable caravana por todos los caminos que convergen hacia el santuario de la capital espiritual de la República. Nuestra fuente de consulta en que se basa la presente nota es el último Boletín Diocesano del Obispado de la Cordillera, lo cual supone mayor seriedad en cuanto a las referencias. Se repite aquí, pues, el caso del indio guaraní evangelizado por los padres franciscanos, hacia 1600, quien perseguido por un grupo de mbayaes salvó su vida invocando a la Virgen. Después, cumplió la promesa que le había hecho. Pero... veamos:

El origen de la historia Virgen de los Milagros de Caacupé se remonta a la época del coloniaje español y al tiempo de las Reducciones indígenas de los Padres Franciscanos, allá por el año 1.600.

Un poco antes o un poco después, cierta mañana, un grupo de indios Mbayáes perseguía a un guaraní en los montes cercanos a Tobatí, con el propósito de darle muerte, quizás, por pertenecer a otra tribu, la que se había enseñoreado en épocas anteriores de la vasta comarca o por haberse convertido al cristianismo y formaba parte de la "doctrina Franciscana".

El primer milagro

Acorralado y a un punto de ser alcanzado por sus feroces perseguidores, el indio perseguido se escondió tras un árbol que le pareció adecuado. Agazapado y tembloroso, recordó a la Virgen de los Franciscanos y en íntima plegaria le prome-

tió que, si lo salvaba del trance, haría una imagen del mismo tronco tras el cual se había protegido. Y el milagro se produjo. Los indios enemigos pasaron a su vera sin verlo.

Dos imágenes

De la parte extraída del tronco el indígena talló dos imágenes; una, más grande su devoción particular. Esta última es la que se venera en Caacupé. En diversas ocasiones tuvo que alargarse el armaje de su cuerpo para poder vestirle los lujosos mantos y túnicas que le ofrendaban sus agradecidos dovotos, hasta que las autoridades eclesiásticas dispusieron fijar el tamaño de la imagen, que hasta hoy se mantiene. La milagrosa imagen cuenta, entonces, con unos 382 años.

El lago Ypacaraí

La historia de la Virgencita se halla ligada a la del Lago Ypacaraí. Varias leyendas se han tejido acerca de su origen.

Se cuenta que la parcialidad Guaraní-Tupí moraba en el territorio comprendido entre los cerros Coí y Choroí y las Cordilleras del Aparipy o de los Altos. Allí había una tava indígena.

En su centro manaba un Ycuá que proveía a los moradores del preciado líquido en las épocas de prolongadas sequías. Y ocurrió que en un caluroso medio día estival, estando a la vera del Ycuá la bella y engreida hija del cacique, llegó hasta ella un sudoroso peregrino, pidiéndole un poco de agua para calmar su sed.

En actitud altanera, la muchacha le negó diciendo: "Y opá carái". El caminante no era otro sino Tupá hecho hombre. Para castigar la mentirosa excusa de la joven, predijo: "La fuente crecerá para saciar la sed de hombres y bes-



El milagro de siempre: El pueblo que se vuelca hacia Caacupé.

tias, hasta el extremo de llevarse toda la morada de Tava Ycuá". Hasta aquí la leyenda.

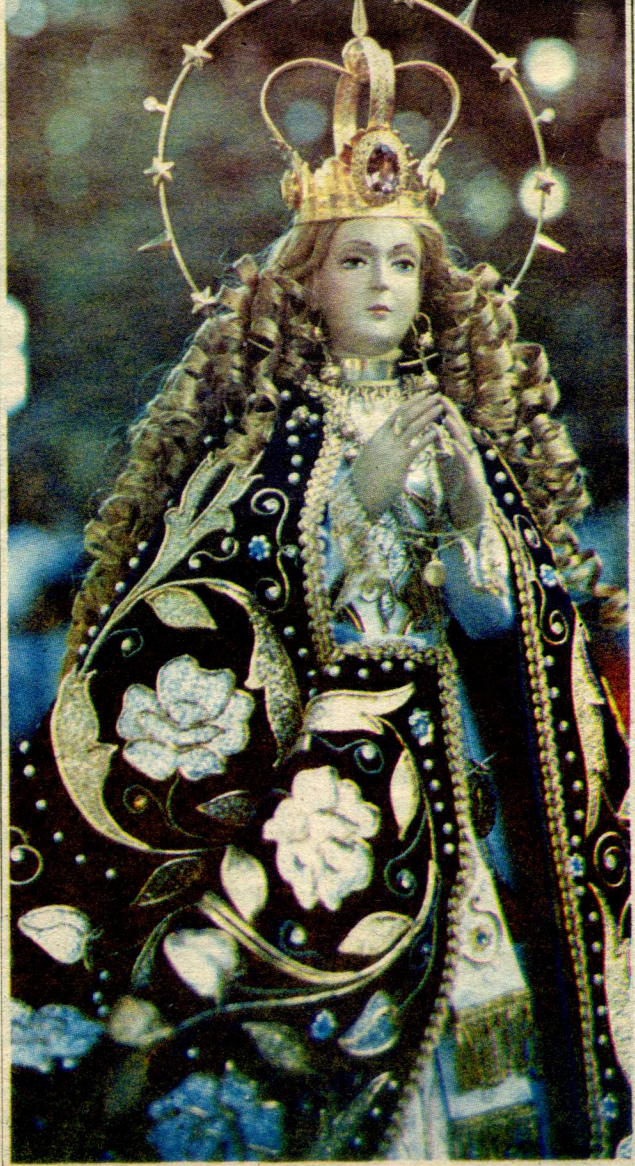
Lo histórico: Allá por el año 1.603 por falla geológica, el Tapaicuá se desbordó en forma nunca vista, sembrando por doquier la desolación y el espanto, al inundar las aldeas de toda la región. Entonces fue cuando el Padre Luis Bolaños, que evangelizaba a los indios de las comarcas vecinas, radiante de fe ante la catástrofe, levantó, sereno, su cruz de apóstol y conjuro a las aguas embravecidas; "De este punto, no pasarás" y el Tapaicuá se calma y mansamente se recoge en los límites señalados por el santo sacerdote.

Segundo milagro

Tranquilizadas las aguas del Lago Ypacaraí, gracias al poder taumátúrgico de Fray Luis de Bolaños, una siesta los pobladores recorrían sus espumosas orillas y veían arrastradas por las aguas restos de chozas, cadáveres, árboles. De pronto, un indio carpintero de nombre José, oriundo de Atyrá, vio flotar en las aguas un extra-

ño objeto de forma tubular. Puso atención y distinguió una gurupa o malletín cilíndrico de cuero en que suele acomodarse ropas y efectos para viajar. El indio rescata la gurupa y ante la general curiosidad comienza a revisarla. Separadas varias envolturas, hallan entre blancos copos del algodón, la imagen de la Virgencita, tallada en madera. Todos la reconocieron, pues sabían quien la había hecho y en qué circunstancia. Como todos se disputaban su posesión el Padre Bolaños aconsejó que la entregaran a José hasta que apareciese su verdadero dueño; lo que nunca ocurrió. Seguramente el artista fue sorprendido por la inundación y pereció durante el viaje. De otra manera no se explica que la imagen estuviera tan bien acomodada en la gurupa, pues de residir en algunas de las tavas inundadas habría estado sin embalaje.

NOTA: La fuente de consultas es el BOLETIN DIOCESANO del Obispado de la Cordillera.



La venerada imagen de la Virgen Azul.